

CORREO DE XEREZ

DEL JUEVES 11 DE JUNIO

de 1807.

Señor Editor: el hombre no es igual en todas las edades, ni el corazón es siempre capaz de recibir impresiones solidas y profundas. Los sentimientos de un joven son muy superficiales y careciendo de bellas ideas no puede mirar las cosas con un ojo claro y prudente que dé á cada un objeto el color, peso y valor que debe tener en la realidad. La juventud inexperta mira las cosas con mucha ligereza y suele suceder que las frivolidades y futezas que no merecen la pena por ser rigorosamente naderías, le llaman la atención, le sorprenden, y aun son á su vista unos gigantes cuya enorme corporatura le aterró y llena de pavor, al paso que las cosas substanciales, grandiosas en verdad y dignas de sellarse en el corazón para abrazarlas ó evitarlas segun su naturaleza, las estima como de ningún momento, las desprecia, y acaso se rie y mofa de ellas. Ay Señor Editor! Quanto siento mi alma decir á V. que yo soy el testimonio mas patetico de esta verdad. Las historias que nos recuerdan

hasta que punto ha subido en todas las edades el amor: aquellos Heroes grandes arrastrados a impulsos de su passion: los hechos admirables de un pecho abrasado en sus devorantes flamas Todo esto era para mi una historieta bien exornada un cuento no mal vestido, y una fabula bonitamente parlada. Un Alexandro amante solo de su fama que no conoció otro ídolo, otra passion ni otro amor que el de vencer y subyugar todas las potencias, rendido y degenerando de su arrogante caracter á la vista de Campaspe: Vn Hercules batiendose con las fieras, venciendo las serpientes, las Hidras, los Aspidas, y los toros en Tesalia, gloriandose al desquixarar en Libia al furioso Leon de no haber conocido otra dama ni otro amor que su propio valor, pero afeminandose despues tanto, y dexandose dominar de las Hesperides en unos terminos que vino á ser el objeto de la risa y burla de todas ellas. Un Herodes queriendo dividir ó partir su Reyno con la impura saltatriz Todos estos eran para mi unas almas apocadas y unos genios endeblados que no supieron superarse, vencerse, ni negar la entrada á los delirios del falso amor. Yo me compadecia de estos hombres pobres de espiritu en mi dictamen y creia que las fuerzas humanas bastarian para rebatir los asaltos del amor y resistirse á las bofetadas de las pasiones. Pero mas que todo, amigo mio, me reia á carcaxadas y hacia burla á banderas desplegadas de aquellos entusiastas, de aquellos alucinados, é infelices Asiaticos que en el caso de perder sus mugeres ó la persona á quien amaban evocaban á la misma muerte, se entregaban á la consternacion y al mas profundo dolor

for, se retiraban á la soledad, huían del amable comercio y sociedad de los racionales y acaso llegaba á tanto su desesperacion que anciosos por dar el gran salto de Leucades corrian con precipitacion al sepulcro donde con la muerte sofocaban para siempre sus aflicciones. ¡Que hombres! decia yo, tan fanaticos! ¡Es posible que sea tanta la demencia y la ignorancia de la humanidad! Es posible que en la racionalidad no haya un específico que cure y sane una enfermedad que hace ningun honor, que agravia tanto al hombre, que le supone inferior á las bestias, quienes de ningun modo se abandonan á una suerte tan deplorable! Todo lo puede suavizar, mitigar y dulcificar la razon y la prudencia me decia yo á mi mismo; si la pérdida del objeto amado es causada por la muerte ¿quien será tan necio que no se conforme con la voluntad del Criador? Ni que pensará el hombre adelantar ó conseguir con entregarse á su propia infelicidad? Si es por fruicion por ingratitud, ó por una de las falsedades que parecen características de la muger ¿No debe el hombre llenarse de satisfacion y darse las gracias al verse libre de quien no le amaba, de quien no apreciaba sus cariños, de quien no correspondia á sus obsequios y estaba en completa aptitud para cambiarlo por un vil interés, ú por otro igual parecer? Si es por una ausencia inevitable ¿Quien no conoce la inestabilidad de las cosas, las vicisitudes del tiempo, la dependencia de unas personas á otras, y la infalible necesidad que es-trecha al hombre de pasar por su clase, por su estado, por su carrera, por sus intereses de uno á otro Pueblo, de una á otra Provincia, de uno á otro Rey-

no? ¿Y estas bien fundadas reflexiones no podran convencer al discurso y representarle con viveza que está obligado á conservarse, á mitigar su dolor, á templar su pena, y mas quando de parte suya no ha concurrido á esta cruel separacion? Pero ah! Señor Editor, y como insta el que goza de salud para que tome el enfermo la bebida ó remedio que ni aun oler querría él hallandose en igual situacion! ¿Que bien aconseja y reprehende el que no está acalorado ni conoce la passion!

Yo me reconvenia quando era un joven adepta con toda esta entereza; pero ahora que vivo apasionado, ahora que quiero, ahora que sé lo que es amor, y que he perdido á mi Dueño... Ah! ahora soy muy otro en mis reflexiones, en mis dictámenes y pareceres: ahora hago justicia á quantos se vieron como yo hechos victimas del amor: les lleno de mil razones y disculpo en sus delirios, si son delirios amar con finura, querer con firmeza y conservar una lealtad que sobreviva á la misma muerte. La soledad, el deliquio, el abandono á mis melancólicas y tétricas ideas, el llanto, el suspiro todo me es ahora muy agradable y que sé yo si me sería dulce la inexistencia. Quando la presencia y lado de mis amigos me es fastidioso, quando toda conversacion me repugna y choca, quando todo exercicio ó entretenimiento me es odioso, toda diversion, paseo ó funcion fria, árida y seca, toda comida insipida, toda bebida amarga, y el sueño huye de mi dexandome en poder de una abrumante reminiscencia, que me dice oincesante lo que fui y lo que soy, quando todo esto sucede á un corazon que poco antes se jactaba de ser

uno de los mas felices que tenia el mundo? ¿Le parece a V. amigo mio, si mereceré disculpa aun en el deseo de morir? ¡Quantos motivos tengo yo para sentir y para desesperar! No siento la pérdida de una muger comun; es decir, no he perdido yo en mi Dueño una fisonomia insinuante, un cuerpo airoso y elegante, un talento ordinario, unas luces vulgares, una instruccion comun, un caudal de voces, ó una produccion mugeril: yo he perdido una persona en quien miraba epilodas estas brillantes qualidades, pero todas en grado heroico: pródiga con ella la naturaleza la aventajó é hizo superior à todas las de su sexô, y aun à muchos de los que han pisado el polvo de las escuelas. La claridad de su ingenio, lo vasto de su talento, la brillantez de sus luces, la viveza con que entraba y salia, con que resolvía en las materias mas nerviosas é intrincadas, la finura de sus voces, la aplicacion adecuada de sus expresiones, la aglomeracion de solidisimas razones con que robustecia sus dictámenes y opiniones, su amable compostura y genialidad, su ninguna ficcion, soberbia, orgullo, ni vanidad, su dulzura y afabilidad con todos, su gran política, y singular trato de gentes, sobre tener un fisico excelentissimo:: No, Señor Editor, no hablo yo, ni hago su pintura en el hervor de un entusiasmo: quedo siempre corto, y solo digo verdad mientras protexto que era tan lisongero, y tan deleitoso mi amor, como cruel è impía la suerte que nos separó.

Murió mi futura amada esposa, se separó de mi lado y faltó para siempre de mi vista. ¡Muerte fiera, muerte inhumana! tu sola podrias romper un lazo tan dulcemente apretado: tu sola gozabas la facultad de dividir

los

dos corazones, dos almas, dos voluntades unidas por inclinacion ó por unos sentimientos simpáticos: tu sola pudiste apagar las suaves llamas que ardian en el pecho de mi amada: tu has conseguido dexarme solo, triste y envuelto en un tropel de ideas fúnebres, y sombrías: tu has vuelto lo alagueño de mi aspecto en un semblante lívido y adusto: yo soy desgraciado trofeo de tus rigores; pero no, no has conseguido arrancar de mi corazon una imagen que con tanta satisfacion gravé en él, y deseaba eternizar, yo la conservo y conservaré tan viva que pueda segunda vez::; Ay! Señor Editor; mis recuerdos son aterrantes, mis ideas abrumantes, y mi dolor suficiente á acabar conmigo. Este es el caso en que el hombre se arrepiente de haber querido, en que le pesa haber cifrado su amor en un objeto particular, y en que todo quiere perderlo por seguir los impulsos de su pasion casi frenética. ¿ Como podré yo entrar en su jardín sin recordar los instantes felices en que la vi, la hablé, y goze en él de su amable compañía? Cada una calle, cada un arbol, cada una fuente, cada un cenador::: todo será á mi vista unos monumentos tristes que mudamente me diran: no, no existe ya lo que hacia las delicias de tu corazon, lo que buscabas ansioso en medio de nosotros, y allí ondeabamos que el temple de estos ayres que el murmullo de los paxaros, que el serpenteo de los claros arroyos, que las frescas sombras de las elevadas copas, que lo vistoso de las flores y que el delicado y suave olor de los aromas. ¿ Como podré entrar en su casa sin que sienta mi corazon una emocion mucho mas estrepitosa que la que agita á un alma á quien violentamente despojan de lo que hacia su felicidad? ¿ Que

te

teatro, que tertulia, que estrado, que sociedad, que diversion pública ó secreta podrá ya serme agradable, quando solo la memoria de que me falta aquel otro yo que tenia en mi buena y fina amiga, me saca fuera de mi, y como loco entro, salgo, vuelvo á entrar y hablando conmigo mismo me pregunto y me respondo: suspiro y rio à un momento y al fin vengo á concluir que perdi mi bien y carezco de felicidad? Hombres que amasteis en el mundo, no fuisteis vosotros debiles y flacos, fuisteis racionales, sensibles, y verdaderos amigos de vuestras damas. Yo os disculpo en esas que parecen en vosotros debilidades. ¿Pero tendré yo disculpa, Señor Editor, en la prudencia de mis semejantes? Pues crean todos que poniendoles á la vista mi deplorable situacion no ha sido otro mi animo que manifestarles qué poco debe el hombre aficionarse por las cosas terrenas que son pasajeras y perecederas: que aun aquellas que creen merecer nuestra atencion, nada tienen de constancia ni realidad, y solo sirven para atermentar al hombre y separarlo de aquel Ente eterno é inmutable á quien debemos amar sobre todas las cosas; y que sus suspiros han de dirigirse á manifestar una grande inclinacion por la felicidad real y eterna que desea á V. su seguro servidor y amigo.

El viudo no casado.

J. J. V. D. M.

Dicho agudo.

Requebrando a una Señora de merito un Petimetre muy fino, le decia: *no sé Señora como ponderarle la volun-*

¿ad que le tengo: la quiero á V. mas que á mi alma?
 respondió la Señora: *mas agradeciera que me quisiese V.*
tanto, quanto á su cuerpo.

O D A.

Suspende tu armonia,
 no cantes, ruiñeñor,
 que tus dulces conciertos
 renuevan mi dolor.

Filís en este sitio
 de mi se despidió,
 mientras tu las delicias
 nantabas del amor:

Mezclando tus suspiros
 con mi llorosa voz,
 ¡que language tan tierno!
 ¡que dulce situacion!

Pero ah! de igual contento
 ya no gozaré yo:

Filís..... mi dulce dueño.....

Filís...., ah!.... ya murió.

Suspende tu armonia,
 no cantes, ruiñeñor,
 que tus dulces conciertos
 renuevan mi dolor.

La Vicisitud de las cosas.

El gusto se sigue al llanto,
 el llanto al gusto siguió,
 siempre dudosos vivimos
 entre esperanza y temor.